

conmovedores donde la lucidez parte del dolor mismo, de las ausencias, de las cicatrices y las grandes fragilidades que logran estrechar un vínculo indeleble con los lectores que se asoman a esta poesía llana y franca que sirve, además, de vehículo comunicativo de tantos asuntos comunes a todos nosotros.

Por eso la aparición en España, en la impecable colección Palabra de Honor de la ya clásica editorial Visor, del libro *Las herencias* fue la consecuencia natural de una vocación persistente y terca en indagar desde las más altas cumbres de la sensibilidad por los temas y detalles más entrañables para todos. Fue, sin duda, la feliz recompensa y reconocimiento a ese oficio juicioso de muchos años que había encontrado otras vertientes en la novela, la traducción y el teatro.

*Las herencias* es un libro para leer en voz alta, para releer y regresar a algunos de los poemas que resultan más cercanos. Se trata de un poemario que establece diálogos con los anteriores libros de la poeta y que subraya los temas que siempre le han preocupado a Piedad Bonnett: la casa, el tiempo, el dolor, las cosas cotidianas y por supuesto, el amor, desde la conciencia total de que todos los poemas de alguna forma son poemas de amor, son declaraciones de amor a la belleza y a las manifestaciones humanas.



Si bien los dos capítulos iniciales del libro “Vocación de quietud” y “El hueso del amor” dejan en el lector una sensación de derrota, de dignidad y de voluntad inquebrantable frente lo que se va, es el tercer capítulo que da título al libro, “Las herencias”, el que nos

recuerda, desde los cuadros de familia, el álbum de recuerdos, y los gestos de los hijos y el padre, que estamos solos en un mundo despiadado y que solo lo entrañable y querido nos salva del horror y lo inevitable de las pérdidas. Porque es *Las herencias* un libro de pérdidas, de precisos adioses y nostalgias anticipadas. Es una colección de momentos hermosos fijados en la retina de la memoria para recuperarlos en la palabra que blinda todo en el tiempo.

De algún modo *Las herencias* expresa una experiencia rigurosa y completa, las variables de una taxonomía de recuerdos que retratan de una manera contundente lo más hondo de la condición humana y familiar. Se trata de una poesía de la experiencia, básicamente, pero que, como toda poesía, aspira a encarnarse en los nombres. La verdad es un tránsito; en la medida en que se la atisba se muda, explorando la necesidad de nuevos viajes, nuevas miradas.

Este libro alcanza un ritmo acorde al pulso de los días que corren. No nos revela del todo sus secretos y caprichos. Nos deja recados de un mundo generoso e infalible. Allí están las coordenadas de una realidad y un asombro que se reconstruyen como un espejo quebrado para otorgarnos así múltiples rostros.

En ese balance, todas las analogías y representaciones de un territorio de pérdidas y adioses le ponen suelo firme a los sueños para establecer pequeños trueques y tránsitos entre la palabra, el tiempo y la memoria recobrada, esta vez para siempre.

Federico Díaz-Granados

## El permanente oficio de recordar

### *Los fuegos obligados*

RAMÓN COTE BARAIBAR

Visor Libros, colección Visor de Poesía, Madrid, 2009, 87 págs.

DESDE SU primer libro, *Poemas para una fosa común* (1984), el poeta Ramón Cote Baraibar (Cúcuta, 1963) ha venido entregando a los lectores un

lenguaje hondo y personal que permite ver de una manera nítida los objetos, las ciudades, los gestos y fragilidades de los seres humanos frente a los temas del mundo. Ha sido, así, su poesía un inventario de recuerdos, nostalgias, ruinas e imágenes multicolores de un mundo perdido y recobrado en la fuerza de su palabra.

Después de aquella ópera prima vinieron los volúmenes *El confuso trazado de las fundaciones* (1992), *Informe sobre el estado de los trenes en la antigua estación de Delicias* (1998), *Botella papel* (1999) y *Colección privada* (2003) —este último ganador del III Premio de Poesía Casa de América de Poesía Americana—, libros que abordarían algunos de los temas que han sido recurrentes en la poética de Cote. Además de los mencionados asuntos como el paso del tiempo, el arte y sus correspondencias con el asombro y el esplendor de las ciudades y deterioros han sido preocupaciones que desde la mirada subjetiva del creador han preocupado al poeta.

Por eso cuando un jurado compuesto, entre otros por José Manuel Caballero Bonald, Luis García Montero, Felipe Benítez Reyes y Jesús García Sánchez otorgó el primer premio al libro *Los fuegos obligados* en el XXIII Premio Unicaja de Poesía no resultó extraño que el volumen premiado repasara esas grandes cuestiones que han atravesado en dirección transversal la obra del poeta cucuteño desde aquel primer libro. Precisamente este volumen que nos ocupa sintetiza en forma clara esos signos y claves, esos registros y tonos que siempre han permeado su voz poética.

A mediados de los años ochenta la revista de poesía *Golpe de dados*, dirigida por el poeta Mario Rivero hasta el momento de su muerte en 2009, dedicó un número a jóvenes poetas colombianos y en dicho ejemplar apareció un apartado titulado *Los fuegos obligados* que traía algunos de los poemas premiados años después en Cádiz. Pasaron más de veinte años desde aquel adelanto en la revista de Rivero para que saliera a la luz este libro en el que conviven de manera acertada y pertinente el conocimiento y la experiencia, la emoción y la reflexión, lo lírico y lo narrativo.

El autor ha propuesto una división en seis capítulos o apartados para distribuir los cuarenta y tres poemas que integran el libro: “Lo que a posesión nos llama”, “Despedidas y apariciones”, “Invierno y una acacia roja”, “Interior con ventanas”, “Altas fugadas” y “Es un decir”. Cada uno de los apartados mencionados tienen una cohesión e identidad interna, todos atados a un solo y verdadero tono que unifica todo el libro. Se trata de un poemario que plantea un diálogo con una larga tradición de poesía escrita en español y que deja ver a contraluz el anverso y el reverso de una misma moneda con la que Cote se juega su particular forma de contemplar el destino de los hombres.

Hay poemas memorables como “Qué pájaros serán memoria” que nos deja versos entrañables como: “Cuando la noche solitaria nos pregunte / por este presente que mañana será pasado, / por lo que le ocurre a lo que no vemos / y padece, qué pájaros serán memoria”. De igual forma, poemas como “Inútil fue el regreso”, “Tríptico en playa Marbella”, “Invierno y una acacia roja”, “Luz que me habitara”, “Direcciones opuestas” y “Del arte de la pérdida”, entre otros, revelan esa vocación del poeta por darle un rostro y una voz a las reminiscencias y a las cosas que se pierden con el paso del tiempo. Así mismo, lo doméstico toma un valor fundamental en *Los fuegos obligados* porque desde lo íntimo y privado el poeta habla por todos en instantes luminosos.

Ramón Cote es un poeta fiel a su tradición y a sus maestros tutelares cuyos diálogos el lector advierte en muchos de sus poemas. Correspondencias con Álvaro Mutis, Claudio Rodríguez, Eliseo Diego, Eugenio Montejo, Giovanni Quessep y Darío Jaramillo, entre otros; Cote ha sabido asimilar muy bien la impronta de sus maestros y ha tomado de ellos los instrumentos para reafirmar su voz propia y llenar de nuevas analogías su propuesta poética. También la formación en artes durante sus años madrileños ha logrado que Cote sea un autor en quien la imagen cobre un sentido y un significado precisos. Su imaginación figurativa permite recrear los poemas como breves postales o precisas instantáneas en las cuales

el lector viaja a unos climas y unas atmósferas exactas.

*Los fuegos obligados* es de esos libros que produce en el lector un deseo de regresar, de asomarse desde otras calmas a sus múltiples ventanas porque resulta gratificante contemplar una escritura en la cual la emoción convive de una manera tan acertada con la imaginación crítica en un riguroso trabajo de orfebrería.

Federico Díaz-Granados

## Tiros por la culata

### *La piel de los teclados*

NANA RODRÍGUEZ ROMERO  
Universidad Pedagógica y  
Tecnológica de Colombia, Tunja, 2009,  
97 págs.

I  
LA TEMÁTICA de este libro de la profesora boyacense Nana Rodríguez (Tunja, 1956) es predominantemente urbana. Uno de los poemas de la primera sección, titulada “Reino de columnas”, nos presenta la ciudad como protagonista desde un punto de vista novedoso, desde lo alto en un avión:

Mis ojos se extraviaban a través de la  
ventanilla  
las nubes como corderos que pastan  
bajo el avión  
desaparecen cuando se manifiesta  
ella  
con sus líneas rectas  
con sus obeliscos imponentes  
[pág. 37]

La naturaleza arquitectónica de algunos elementos descriptivos utilizados por la autora evoca atmósferas del pintor italiano Giorgio de Chirico:

La plaza es un escenario de la  
ilusión  
para un cuadro de Chirico  
con el paseo de las sombras que  
crecen  
hasta tocar las escalinatas de la  
catedral  
[pág. 19]



Sobre cárcavas inmemoriales, la  
geometría  
ha construido su reino de columnas  
por las que circula un viento  
implacable

[pág. 17]

Dos versos sintetizan, de manera  
impensada, la sensación recurrente  
que la ciudad provoca en el diario  
existir de sus habitantes:

la recorres como a un bosque  
sin poder encontrarte en aquel  
bosque.

[pág. 35]

Hasta aquí podríamos suscribir  
sin mayores reservas el fallo del jurado del Premio Nacional de Poesía  
Ciro Mendía, al declarar *La piel de los teclados* como ganador de su XII  
versión: “libro reconocible por su dicción clara y consistente, de excelente  
factura y gran aliento poético, tono y expresividad depurados en el manejo  
del lenguaje y la originalidad de una voz que hace novedosos los temas de  
índole social y existencial tratados con indudable belleza, fuerza y sensibilidad  
emotivas”.

II  
Adhiero a las muy elogiosas palabras del jurado, pero solo parcialmente, a propósito de los contados versos antes citados. No puedo pensar lo mismo acerca de estrofas como la siguiente:

Porque el verbo no cristaliza  
hasta iluminar su significación  
para transgredir el silencio  
y su cámara secreta de emociones